

LA SUPUESTA IRRACIONALIDAD DEL NACIONALISMO*

LUDWIG VON MISES

Hay personas que creen haber explicado satisfactoriamente el nacionalismo afirmando su irracionalidad. A estas personas les parece un grave error, común principalmente entre los economistas, suponer que los actos humanos son siempre racionales. El hombre no es, dicen, un ser racional. Los fines últimos de sus acciones son a menudo, si no siempre, irracionales. La gloria y la grandeza del propio Estado, nación, raza, grupo lingüístico o clase social son de esos fines irracionales que los hombres prefieren al aumento de riqueza y bienestar o a la mejora del nivel de vida. Los hombres no gustan de la paz, de la seguridad ni de la vida tranquila. Sueñan con las vicisitudes de la guerra y de la conquista, del cambio, de la aventura y del peligro. Disfrutan matando, robando y destruyendo. Ansían marchar contra el enemigo a tambor batiente y son de corneta y con las banderas desplegadas al viento.

Debemos reconocer, sin embargo, que los conceptos de racional e irracional se aplican solo a los medios, nunca a los fines últimos. Los juicios de valor mediante los cuales el hombre elige entre fines últimos opuestos no son racionales ni irracionales. Son arbitrarios, subjetivos y resultado de puntos de vista individuales. No hay ningún valor objetivo absoluto independiente de las preferencias individuales. La conservación de la vida es, en general, considerada como un fin último. Pero siempre ha habido hombres que han preferido la muerte a la vida cuando la vida no podía ser conservada sino en condiciones que les parecían insoportables. Las acciones humanas consisten siempre en elegir entre dos bienes o dos males que no son considerados equivalentes. Cuando hay una perfecta equivalencia, el hombre se mantiene neutral y

* Extraído de *Gobierno omnipotente*, pp. 170-175, Unión Editorial, Madrid.

no hay acción. Pero lo que es bueno y lo que es mejor, o lo que es malo y lo que es peor, se deciden conforme a normas subjetivas, distintas en individuos diferentes, y que, según las circunstancias, cambian en los mismos individuos.

En cuanto aplicamos los conceptos de racional e irracional a los juicios de valor, reducimos los fines a medios. Nos referimos a algo que hemos fijado como fin provisional, y consideramos la elección partiendo de si es un medio adecuado para alcanzar el fin. Si tratamos de las acciones de otras personas, sustituimos su juicio por el nuestro, y si tratamos de nuestras acciones pasadas, sustituimos por nuestras valoraciones actuales las del momento en que actuamos.

Racional e irracional significan siempre: razonable o no desde el punto de vista de los fines que se persiguen. La racionalidad o irracionalidad absoluta no existen.

Podemos comprender lo que quieren decir quienes atribuyen al nacionalismo motivos irracionales. Estos quieren decir que el liberalismo se equivocaba cuando afirmaba que los hombres prefieren mejorar las condiciones materiales de su bienestar a alcanzar otros fines, como la gloria nacional, el placer de una vida llena de peligros o la satisfacción de inclinaciones a los placeres sádicos. Los hombres, dicen, han rechazado el capitalismo y el libre cambio porque aspiran a otros fines distintos de los que el liberalismo considera supremos. No buscan una vida sin necesidades y sin miedo, o una vida en que la seguridad y las riquezas aumenten constantemente, sino las especiales satisfacciones que les proporcionan los dictadores totalitarios.

No se puede decidir por consideraciones filosóficas o *a priori* si esas afirmaciones son ciertas o no. Son afirmaciones referentes a hechos, y lo que necesitamos preguntar es si la actitud de nuestros contemporáneos es la que nos quieren hacer creer estas explicaciones.

No hay duda de que hay realmente personas que prefieren lograr otros fines a mejorar su bienestar material. Siempre ha habido hombres que voluntariamente han renunciado a muchos placeres y satisfacciones por hacer lo que les parecía moral y justo. Algunos han preferido el martirio a renunciar a lo que creían que era verdad. Han elegido la pobreza y el exilio porque querían tener

libertad para buscar la verdad y la sabiduría. Lo más noble en el progreso de la civilización, del bienestar y de la ilustración lo han logrado hombres así, que arrostraron todos los peligros y desafiaron la tiranía de reyes poderosos y de masas fanáticas. Las páginas de la historia nos cuentan la epopeya de herejes quemados en la hoguera, de filósofos —desde Sócrates hasta Giordano Bruno— ejecutados, de cristianos y de judíos que han defendido heroicamente su fe a pesar de sangrientas persecuciones, y de otros muchos paladines de la honestidad y fidelidad cuyo martirio fue menos espectacular pero no menos verdadero. Pero estos ejemplos de abnegación personal y de disposición al sacrificio han sido siempre excepcionales; han sido privilegio de una pequeña elite.

También es cierto que siempre ha habido personas que han buscado el poder y la gloria. Pero tales aspiraciones no eran opuestas a la común aspiración a aumentar la riqueza, los ingresos y el lujo. La sed de poder no implica renunciar a mejorar materialmente. Por el contrario, los hombres quieren ser más poderosos para adquirir más riquezas que las que podrían adquirir por otros métodos. Muchos esperan adquirir más tesoros robando a otros que sirviendo a los consumidores. Muchos han elegido la carrera de la aventura porque confiaban que les sería más fácil triunfar. Hitler, Goebels y Goering eran simplemente ineptos para ocupaciones honestas. Los tres habían fracasado completamente en la pacífica vida económica de la sociedad capitalista, aspiraban al poder, a la gloria y a los puestos directivos y de esta manera se han convertido en los hombres más ricos de la Alemania actual. Es una tontería afirmar que, en ellos, la «voluntad de poder» es algo opuesto a la aspiración a un mayor bienestar material.

La explicación del nacionalismo moderno y de la guerra que debemos considerar, llegados a este punto de nuestra investigación, no se refiere únicamente a los jefes sino también a sus seguidores. Respecto a estos últimos, la pregunta es: ¿es cierto que el pueblo —los electores, las masas de nuestros contemporáneos— han abandonado deliberadamente el liberalismo, el capitalismo y el libre cambio y los han sustituido por el estatismo —intervencionismo o socialismo—, el nacionalismo económico, la guerra y las revoluciones, porque prefieren una vida peligrosa en la

pobreza a una buena vida en paz y seguridad? ¿Prefieren realmente ser pobres en un ambiente donde nadie vive mejor a ser ricos en una sociedad de mercado donde hay gente más rica? ¿Eligen el caos del intervencionismo, del socialismo y de guerras interminables a pesar de darse plena cuenta de que significan pobreza y privaciones? Solo un hombre falto del sentido de la realidad o incapaz de observar se atrevería a contestar afirmativamente. Está claro que los hombres han abandonado el liberalismo y luchan contra el capitalismo porque creen que el intervencionismo, el socialismo y el nacionalismo económico los van a enriquecer, no a empobrecer. Los socialistas no dijeron ni dicen a las masas: queremos que baje vuestro nivel de vida. Los proteccionistas no dicen: vuestro bienestar material sufrirá con los derechos de importación. Los intervencionistas no recomiendan sus medidas señalando sus efectos perjudiciales para la comunidad. Por el contrario, todos estos grupos insisten una y otra vez en que su política enriquecerá a sus partidarios. Las gentes apoyan al estatismo porque creen que les va a enriquecer. Denuncian al capitalismo porque cree que les priva de la parte que en justicia les corresponde.

El punto principal de la propaganda nazi entre 1919 y 1933 fue: el mundo judío y el capitalismo occidental os han traído la miseria; nosotros lucharemos contra estos enemigos y os traeremos la prosperidad. Los nazis alemanes y los fascistas italianos luchaban por materias primas y por terrenos fértiles y prometían a sus seguidores una vida de riqueza y lujo. El *sacro egoísmo* de los italianos no es una ideología de idealistas, sino de bandidos. Mussolini no elogiaba la vida peligrosa por sí misma, sino como medio para lograr un rico botín. Cuando Goering dijo que los cañones son más importantes que la mantequilla, explicó que en el futuro inmediato los alemanes tenían que limitar su consumo de mantequilla para hacerse con los cañones necesarios a fin de conquistar todos los tesoros del mundo. Si eso es altruismo, abnegación personal o idealismo irracional, los señores del sindicato de asesinos de Brooklyn eran los más perfectos altruistas e idealistas.

Los nacionalistas de todos los países han conseguido convencer a sus seguidores de que la única política realmente buena para el bienestar de toda la nación y de sus ciudadanos honestos es la

suya; y que los demás partidos están dispuestos a vender traidoramente la prosperidad de la propia nación a los extranjeros, a los otros. Tomando el nombre de «nacionalistas», insinúan que los demás partidos favorecen los intereses extranjeros. En la Primera Guerra Mundial los nacionalistas alemanes se llamaban a sí mismos el partido de la patria, tachando así de traidores a la nación a quienes propugnaban una paz negociada, una sincera declaración de que Alemania no quería anexionarse Bélgica y que los submarinos no hundieran más trasatlánticos. No estaban dispuestos a reconocer que sus adversarios amaban a su patria tanto como ellos. Quien no era nacionalista era a sus ojos un apóstata y un traidor.

Esta actitud es común a todos los partidos antiliberales contemporáneos. Los llamados «partidos laboristas», por ejemplo, fingen recomendar los únicos medios favorables a los intereses materiales, naturalmente, del proletariado. Quien se opone a su programa es un enemigo del proletariado. No permiten una discusión racional sobre la utilidad de su política a favor de los trabajadores. Son tan presuntuosos que no prestan atención a las objeciones de los economistas. Lo que ellos recomiendan es bueno para los obreros; lo que aconsejan los críticos es malo.

Este intransigente dogmatismo no significa que los nacionalistas o los dirigentes sindicales persigan otros fines distintos del bienestar material de sus naciones o clases. Ilustra simplemente un rasgo característico de nuestro tiempo: la sustitución de la discusión razonable por los errores del polilogismo.

